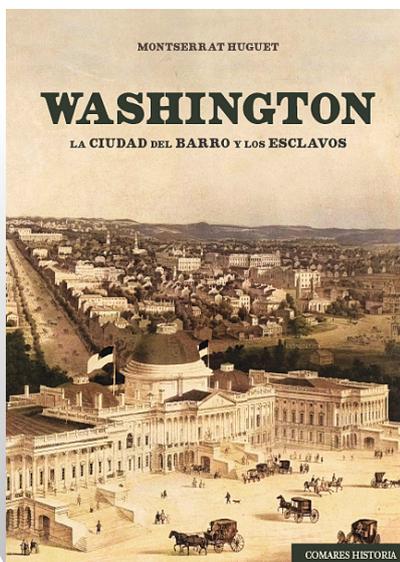


Washington, la ciudad del barro y los esclavos



FICHA BIBLIOGRÁFICA

HUGUET, MONTSERRAT, *Washington. La ciudad del barro y los esclavos*, Granada, Comares Historia, 2020, páginas 247, ISBN: 978-84-9045-918-8.

Carmen de la Guardia | **Universidad Autónoma de Madrid**

LA CIUDAD DE WASHINGTON tiene una historia ligada a la propia historia de Estados Unidos. Ciudad *ex novo*, pensada y decidida para albergar y reflejar la grandeza de la revolución y de las instituciones federales estadounidenses, desde siempre vivió (y reflejó) las dificultades de la puesta en marcha de la joven nación.

Ya en los debates para la creación de la nueva capital de la república federal se vislumbraba la existencia de dos tendencias claras entre los ciudadanos estadounidenses en la época revolucionaria. Todos estaban de acuerdo en que sería difícil llegar a un consenso si la nueva capital se fijaba en alguna de las capitales históricas porque resaltaría la fuerza de un estado frente a los otros en esta frágil unión. Así ni Nueva York, ni Filadelfia que habían sido capitales provisionales en la época revolucionaria se contemplaron como sedes permanentes de

las instituciones federales una vez que la revolución y la independencia de las antiguas trece colonias había triunfado.

Pero decidir un nuevo lugar como sede de las instituciones comunes a los estados tampoco era tarea fácil. Los estadounidenses no estaban de acuerdo en cómo soñaban que debía ser la nueva nación. Estaban claramente divididos en dos grupos. Por un lado, algunos querían una república armoniosa y sin grandes diferencias sociales y económicas entre sus ciudadanos, pero otros imaginaban una nación poderosa capaz de frenar las ambiciones de las potencias coloniales presentes en América del Norte. Y fueron estos últimos, a los que conocemos como federalistas, los que triunfaron en ese primer momento. De ahí que, como nos recuerda Montserrat Huguet, se recurriera a un arquitecto francés, a Charles L'Enfant que tanto había aprendido de las grandes edificaciones e inmensas avenidas del barroco versallesco, para poner en marcha el proyecto de que Estados Unidos tuviera una capital que no solo fuera sede de las instituciones federales recogidas en la Constitución de 1789 sino que, sobre todo, mostrase al mundo, con una sola mirada, los valores y la grandeza de la revolución triunfante. Sería la ciudad, como más tarde escribió Charles Dickens en sus *American Notes*, “de las magníficas intenciones”.

La nueva capital federal, tras estas grandes tensiones entre los Padres Fundadores, se situó en el sur. En concreto a orillas del río Potomac, en una zona agrícola muy conocida por el presidente George Washington y por su secretario de Estado Thomas Jefferson porque estaba situada en lo que entonces era Virginia. Allí, los dos tenían prósperas plantaciones repletas de trabajadores esclavos. En el caso de Jefferson, además, en la plantación se alzaba su casa familiar, Monticello, en donde no solo habitaron sus hijas “legítimas” sino su compañera, la esclava Sally Hemings y sus hijos nacidos esclavos. Quizás con esta elección consensuada sobre la sede de la nueva capital se visibilizaba lo que para muchos fue una de las grandes tragedias de la Historia de los Estados Unidos, la permanencia de la institución esclavista en una nación que defendía la igualdad y la libertad republicanas.

Estas contradicciones entre la defensa de la libertad política para los pobladores de origen europeo y la permanencia de la esclavitud, vislumbradas en la propia constitución de 1789, hizo extraña y difícil, como nos recuerda Montserrat Huguet en su libro, la andadura tanto de la nueva capital como de la propia nación americana.

Tras la aprobación de la *Residence Act* en el congreso federal, en julio de 1790, Estados Unidos optó por condonar las deudas de la guerra que tenían los estados del norte a cambio de que la capital estuviera en ese Sur en donde la economía era agrícola y giraba en torno a un único cultivo y al trabajo esclavo. De alguna manera, la diversidad entre los estados que configuraron la nueva nación era obvia pero la permisividad de la esclavitud y de las diferencias sociales y culturales entre el Norte y el Sur quedó así bendecida.

El libro de Montserrat Huguet, *Washington. La ciudad del barro y los esclavos* refleja de forma clara estas paradojas de la revolución de las trece colonias inglesas en América del Norte y de la primera historia nacional de Estados Unidos con un enfoque próximo al de la Historia cultural. El libro se aleja así de la multitud de títulos que tratan los orígenes de la capital federal relacionando su arquitectura con los valores del federalismo y va mucho más allá. Y ahí radica, en parte, el interés de esta nueva publicación.

En realidad a través de la exploración de los debates y contrariedades de la puesta en marcha de este nuevo proyecto, el de crear una capital estable que sirviese de sede a las instituciones comunes a los estados y sobre todo diese una inmensa visibilidad a Estados Unidos en el exterior, Huguet nos explica las dificultades y las contradicciones, sobre todo sociales y culturales, de esta república federal en sus orígenes y en su primera historia. Así hace un recorrido por esos primeros cuarenta o cincuenta años de existencia de la ciudad (y también de la nación) demostrando que fueron años difíciles y convulsos. Y la elección para hacerlo de la ciudad de Washington en un gran acierto. Crear una ciudad nueva para ser capital de la nación permite vislumbrar los proyectos ideales, en este caso de la revolución americana, y el conflicto que supone imponerlos en una realidad existente. Si bien los planos y edificios reflejan los valores, en este caso de una parte de los revolucionarios, la sociedad, la organización económica, los valores culturales son los pre-existentes y casar los ideales revolucionarios con la complejidad histórica nunca ha sido tarea fácil.

Estructurado en cinco capítulos y un epílogo, el libro de Montserrat Huguet recorre desde los debates fundacionales hasta el intento de renacer de la ciudad de Washington, ya en la década de los años treinta del siglo XIX. También analiza los deseos de los habitantes y gobernantes de la ciudad y de la nación de responder a las críticas vertidas por los muchos viajeros estadounidenses y extranjeros que visitaron Washington y que dejaron escritas sus impresiones, no siempre positivas, sobre esta capital. Así, en el texto, desfilan escritos del amigo y corresponsal de Thomas Jefferson, Alexander Humboldt; de Alexis de Tocqueville; de Domingo F. Sarmiento y de muchos más entre los extranjeros; y de algunos escritores y políticos estadounidenses como Washington Irving. Los comentarios de Huguet sobre estas cartas, crónicas y ensayos de todos los autores contemporáneos a los hechos descritos nos lleva a entender mejor las dificultades de la puesta en marcha de un proyecto nacional de unas antiguas colonias muy diferentes unas de otras. Algunas iniciando un proceso de industrialización y otras reforzando un sistema esclavista al encontrar un mercado, como nunca, el algodón producido en los estados del Sur.

Desde que Montserrat Huguet leyó *Washington in Winter* de Margareth Smith Bayard y también la obra más madura de la misma autora: *The First Forty Years of Washington Society*, pensó que se podría investigar y escribir un libro sobre la ciudad federal que fuera novedoso. Y así ha sido. Con una aproximación clara desde los métodos y fuentes de la historia cultural en *Washington. La ciudad del barro y los esclavos* se atiende a un sinfín de problemas. No solo se dedica atención a los grupos periféricos – mujeres, esclavos y extranjeros – sino a los procesos constructivos, a la vida cotidiana de la ciudad y a las tragedias como la del cólera y las guerras, tan frecuentes en el siglo XIX tanto en América como en Europa. Se ve pues, como ya se ha señalado, esa dicotomía entre el mundo perfecto soñado por los revolucionarios y su encaje con la andadura histórica de Estados Unidos.

La lectura del libro nos deja la sensación de que la propia supervivencia de la ciudad es la de la nación estadounidense a la que tan bien representa. Si la ciudad de Washington fue capaz de sobrevivir al segundo enfrentamiento con Inglaterra, en dónde como mecanismo de humillación los británicos incendiaron lo que empezaba a ser una ciudad americana importante; a las oleadas de disturbios; al intento de asesinato del presidente Jackson; y sobre

todo a las sucesivas oleadas de epidemias de cólera que sufrió, es que la ciudad, al igual que la nación americana contaba con el empuje inusual de su ciudadanía. La idea de representar a un mundo nuevo estuvo siempre presente, como nos traslada Huguet, en la Historia de la ciudad de Washington así como en la de Estados Unidos. Y ello les otorgaba mucha fuerza.

Aún así, muchas veces los gobernantes sintieron que debían recordar, como mecanismo para crear unidad y dotar a la nación de recursos para seguir adelante, sus dificultades pasadas y su inmenso empuje. Nada mejor en los momentos de las grandes crisis nacionales que evocar ese pasado glorioso de la ciudad y lo que la propia capital federal representaba. Así por ejemplo se organizó una visita del héroe francés de la Guerra de Independencia, el marqués de Lafayette, recordando la importancia de la ciudad de Washington como sede de las instituciones federales y la fuerza de la nación americana. Pero, como nos recuerda Montserrat Huguet, también fue importante recordar a los héroes nacionales. Más allá de que el primer presidente de los Estados Unidos diera su nombre a la capital federal, en los difíciles años treinta y cuarenta del siglo XIX, todos querían evocar a George Washington como símbolo de unidad. Así se encargó una estatua inmensa y para muchos excesiva del primer presidente a uno de los escultores más prestigiosos del momento: Horatio Greenough que imaginó a Washington con los atributos de Zeus, por un lado, y con la espada de comandante en jefe del ejército estadounidense por otro. De lo fallido de esta monumental estatua, esculpida en mármol de carrara, nos hablan los avatares de su historia. Antes de llegar al *National Museum of American History*, la estatua recorrió multitud de lugares en dónde nunca logró permanecer.

Este excelente recorrido por las primeras andaduras de la ciudad de Washington y de Estados Unidos realizado por Montserrat Huguet en *Washington. La ciudad del barro y los esclavos* está sobre todo muy bien documentado. Se ha podido realizar gracias a un trabajo ingente de vaciado de fuentes primarias, incluyendo no solo fuentes documentales sino memorias, epistolarios y literatura de viajes y también de una revisión en profundidad de las obras historiográficas sobre el periodo y sobre la ciudad federal. Los personajes y los sucesos que les tocó vivir circulan por el libro de forma viva dando pie a visibilizar la complejidad de esta primera etapa de la Historia de Estados Unidos y destruyendo así, gracias al buen hacer de la historiadora Montserrat Huguet, cualquier vestigio de proyección de la representación actual de Estados Unidos sobre su pasado. Algo que quizás es lo más difícil de transmitir cuando se intenta explicar la historia de esta nación americana.